menos a los dos huidos, y enojados los caciques de esto quisieron sacrificar a los tres que quedaban; pero no se lo consintió Cortés, y así los dejaron. Fingió Cortés mucho enojo de que se hubiesen ido los dos presos, y díjoles: que pues habían dado tan mala cuenta de ellos que él quería guardar a los tres y mandóles echar unas cadenas y llevar a los navíos, adonde luego se las quitaron, y dijeron, que presto tendrían libertad, de que quedaron gozosos y contentos, y enviaron a decir a Cortés (pareciéndoles que su libertad se la daba y que los totonaques de su propio motivo los habían prendido y puesto en colleras) que no se fiase de aquellos cempoaltecos que eran bárbaros serranos y vengativos, rebeldes y amigos de poner en gasto y cuidado a su señor, como otras veces lo habían hecho. Mandólos llamar Cortés en el propio navío, y díjoles que le pesaba mucho del desacato que se había hecho a su señor, cuya amistad mucho deseaba y que en volviendo los compañeros les daría libertad. Los indios totonaques de la provincia, considerando este caso, reprehendiendo el desacato hecho contra Motecuhzuma, aconsejaban que se le pidiese perdón con mucha humildad, echando la culpa de él a los castellanos, pues de su clemencia no se debía desconfiar. Otros más obstinados y animosos, decían que lo mejor era morir defendiendo su libertad y no padecer tanta sujeción, ni esperar misericordia de rey que los afligía con tantas molestias y dura servidumbre, sino que valiéndose del favor de aquellos dioses (que así los llamaban a los principios) llevasen adelante lo comenzado y procurasen su libertad, teniendo por muy grande la tiranía de Motecuhzuma. Prevaleció esta opinión y determinaron antes morir que rendirse y pidieron a Cortés que los ayudase, ofreciéndole de morir en su servicio.

CAPÍTULO XXII. *De la confederación que hacen los totonaques con Cortés y de una embajada que le envía a Motecuhzuma; y de la alteración que generalmente hubo en la Nueva España con la llegada de los españoles*

RANDE ERA EL CONTENTO DE CORTÉS en ver que se iban encaminando sus intentos a los fines que deseaba; pero porque las cosas bien ordenadas hacen a los hombres victoriosos, respondió con modestia a los caciques, y a los otros que se rebelaban que mirasen bien lo que hacían porque Motecuhzuma era poderoso príncipe; pero que si todavía persistían y estaban firmes en aquel propósito se les ofrecía por capitán, pues era razón defender a sus amigos y amar a los que lo amaban y no hacer caso del otro que lo desfavorecía y menospreciaba; y que convenía que con verdad le dijesen qué gente habría y de qué amigos se pensaban ayudar para esta guerra. Los caciques dijeron que cuando la guerra se publicase y que aquellos dioses les ayudaban habría cien mil hombres de pelea; entonces, dijo Cortés que aunque no tenía necesidad de su ayuda, todavía era bien

que los avisasen que estuviesen a punto; porque si el rey enviaba contra ellos gente de guerra, no los cogiese desapercibidos y de sobresalto y porque si tuviesen necesidad de socorro le avisasen a tiempo. Cobraron estos indios con esto tanto ánimo que aunque temían mucho a Motecuhzuma como de su naturaleza eran orgullosos se ensoberbecieron y advirtieron por todas aquellas tierras que si los mexicanos moviesen la guerra lo avisasen para que los socorriesen. Tomóse ánimo y recibióse mucha alegría por toda la serranía, teniendo por cosa del cielo verse socorridos de aquellos mismos que ellos por sus prodigios y señales tenían creído que los habían de destruir y asolar. Publicóse luego la confederación; prometieron obediencia a los reyes de Castilla y León, de que pasó auto por ante el escribano Diego de Godoy. Por esto que aquí pasó y nuevas que de la venida de los españoles y de que los ayudaban corrió por toda aquella costa y serranía se rebelaron muchos lugares y señores y toda aquella tierra. No dejaron recaudador ninguno de Mexico y publicaron guerra abierta contra Motecuhzuma. No es posible que las cosas violentas (como dice el Filósofo) tengan permanencia, porque así como ven la suya se aprovechan de su libertad. Una piedra en lo alto, cuando puede deslizarse, cae en lo bajo porque en las partes ínfimas y bajas tiene su asiento y descanso: el fuego de abajo sube arriba, porque en esta acción que hace busca su centro. De esta misma manera son los hombres, a los cuales hizo Dios libres, y cuando se ven sujetos y sojuzgados buscan medios para libertarse; y como lo estaban estos totonacas no podían sufrir el yugo que sobre sí habían echado los emperadores mexicanos; y ahora que vieron la ocasión fueron fáciles en determinarse y en apellidar libertad, especialmente que veían en Cortés rostro risueño, corazón humano, obras piadosas y palabras dulces; que todas estas cosas son las fuerzas con que un hombre derriba y vence a otro hombre, porque el apacible y benigno tiene segura la vida de enemigos; y por esto amonesta el sabio[1] diciendo: Hijo, perficiona todas tus obras con mansedumbre y serás amado de todos los hombres y crecerá tu gloria sobre la de todos. Ésta es virtud muy de señores y excelencia que les ha hecho memorables en todo el mundo; y es esto de suerte, cuando un rey o uno que gobierna es afable con sus súbditos, se les encubren mil faltas y sufren cosas que en ninguna manera eran de llevar, porque la asedia de los vicios se azucara con el amor; y así ni hay manos para atreverse, ni lengua para quejarse, ni ojos para juzgar lo que en otros aborrecieran. Así era Cortés amado y estimado de éstos en este poco tiempo que lo habían tratado por haberles aficionado mucho su afabilidad y mansedumbre. Pero si los ven estar siempre sobre los tronos y dominaciones, hechos estatuas inaccesibles, mirando a los demás como de lejos, son temidos pero no queridos, son adorados, mas nunca amados; porque como dijo Ovidio: No se compadecen amor y majestad.[2] De éstos era el rey Motecuhzuma y algunos de sus antecesores y por esto no sólo no eran amados, pero eran temidos; y como temidos y no amados, eran servidos de estas gentes que con fuerza y vio-

[1] Eccles. 3.
[2] Ovid. lib. 2 Methamorph.

lencia los servían; y era fuerza que como fuera de centro estuviesen inquietos y desasosegados y ganosos de verse libres y fuera de servidumbre y aun ver consumido y acabado el reino mexicano y destruidos sus reyes, que así los tenían tributarios y pecheros; porque como dice Ennio y lo refiere Cicerón:[3] Al que temen aborrecieron y el que aborrece desea la muerte al aborrecido. De donde bien inferimos que la tiranía causa aborrecimiento y la benignidad y trato amoroso entrega las almas y voluntades al que la tiene y conserva. Quiso Cortés revolver a éstos (como ha parecido) para ganar las voluntades de todos y aun las tierras que en quieta y pacífica posesión poseían, viendo ser imposible intentarlo de otra manera. Hizo prender los criados de Motecuhzuma y soltó los dos que dijimos; y porque no pensase que con artificio suyo se le habían rebelado los totonaques dio orden (con voluntad de el señor de Chiahuitztlan) que los tres mexicanos presos fuesen sueltos y despachólos para Mexico.

Extendióse por toda la tierra la llegada de gente tan extraña; y como esto sucede en estas Indias más fácilmente que en otras partes, por la facilidad de los mensajeros, tardó poco en saberse y fue grande la turbación y alteración que se recibió; no por temor de perder sus tierras sino porque entendían que era acabado el mundo y que todas las generaciones habían de perecer. Y los hombres más poderosos entendían en buscar lugares en los montes y partes más remotas para conservar sus mujeres, hijos y hacienda, hasta que pasase la ira de los dioses. Decían que las señales y prodigios que se habían visto eran para que se enmendasen porque aquellas demonstraciones no podían significar sino el fin y acabamiento de el mundo, y así era grande la tristeza de las gentes.

Esta república mexicana con su rey procuró luego consultar a sus dioses, y hicieron particularísimas diligencias por saber si éstos que venían lo eran, como ya hemos visto. Y con una ballesta y una espada que se le trajo a Motecuhzuma se espantaron mucho y de saber que traían consigo una mujer como diosa (que era Marina por cuyo medio se entendían) y porque supieron que en algunos lugarillos habían derribado ídolos, decían que si fueran hermanos de los dioses no los maltrataran y que debían de ser gentes bestiales, pero que ellos les darían el pago. Éstas y otras cosas hablaban como hombres que andaban sin tiento, porque a la verdad los prodigios que tuvieron eran temerosos. Por otra parte decían que no podía ser sino que fuesen dioses porque iban en animales extraños y jamás vistos ni conocidos, y espantábanse que no llevasen mujeres (si no sola Marina que ellos llamaron Malintzin) y que era por arte de los dioses el saber la lengua mexicana, pues siendo extranjera no la podía saber de otra manera; y que cómo era posible que fuerzas humanas pudiesen manejar aquella ballesta y espada, y discurrían con grandísima confusión que aunque el poco número de los castellanos no les espantaba, por otra parte la osadía de querer venir a Mexico y otras cosas que consideraban los ponía en admiración.

Permitió Dios que estos indios anduviesen confusos viendo en Cortés y

[3] Enni. 9.

en sus compañeros cosas que eran de muy puros hombres y cosas que parecían exceder los límites humanos, no porque fuese así, sino porque como no los habían visto creían serlo; pero todo esto fue disposición divina para que los españoles con Cortés tuviesen fácil la entrada y el evangelio santo de Dios entrase y se creyese y el demonio se desterrase, quitando la vida y reino a Motecuhzuma, que por justos juicios de Dios no era digno de él. Y por esto andaban todos con la confusión dicha; y Cortés en el entretanto se informaba y con mucha diligencia inquiría todo lo que en la tierra podía saberse.

CAPÍTULO XXIII. *De la fundación de la Villa Rica y embajada que Motecuhzuma envió a Cortés*

UNQUE LAS FUERZAS NATURALES son muy necesarias en la guerra, eslo mucho más la prudencia, porque muchas veces vemos excesivas fuerzas quebrantadas y siempre medrada y victoriosa la prudencia. Y hemos visto ejércitos de poca gente regidos de un capitán prudente vencer huestes inumerables que sólo se han fiado de sus fuerzas y no regido según su prudencia; y Vegecio[1] (en el libro que intitula *De cosas de la guerra)*, donde pone la excelencia de las guerras y las causas por las cuales se suele conseguir victoria, dice que no se consigue con muchedumbre de gente, ni con fuerzas demasiadas sino con prudencia militar y con buen gobierno en ella. Y luego trae en ejemplo a los romanos, diciendo que no fueron señores de el mundo ni vencieron sus gentes con muchos soldados (porque éstos eran pocos respecto de los muchos más a quien hicieron guerra; y que en fuerzas no se aventajaron a los españoles, antes los españoles eran mucho más fuertes que ellos), pero que a todos los sujetaron con astucia y maña y con prudencia militar. Si bien consideramos lo dicho, veremos cómo esto mismo acaece a Fernando Cortés que entra en la conquista de esta Nueva España con pocos compañeros y tan pocos, respecto de los indios, contra quien se opuso, que a cien mil de ellos no le cabía un español de parte; pero valióle su prudencia y maña para salir con su empresa. Verdad sea que no siempre la prudencia sola hace victorioso a un capitán prudente, sino que principalmente consiste la victoria en el poder y favor de Dios sin el cual no se conseguiría. De aquel gran capitán de el pueblo de Dios, David, dice la Sagrada Escritura,[2] que procedía prudentemente en las cosas de guerra que se le ofrecían; pero dice luego, más abajo, que Dios era en su favor y ayuda porque él era el que guiaba todas sus cosas. Y es así que a tanta contradición como tuvo y malicia con que fue tentado no era posible que con sola su prudencia supiera defenderse si Dios (que era el que le ayudaba) no le defendiera y fuera su principal valedor y guarda. Y esto se echa muy bien de ver en muchos que emprehenden algunos casos

[1] Vegetius, de Re Militar.
[2] I. Reg. I ?